

# Tribuna anarquista

## Las tonterías de Zozaya

Cuando un escritor goza de popularidad y se le atribuye una amplia libertad de sentimientos, es menester considerar sus escritos con seriedad, ya que tienden a influenciar un sector de lectores proporcionado a la notoriedad que tiene entre la opinión. Es también necesario ser severo con el escritor conocido cuando éste, con una osmbrada ligereza, se entromete en cuestiones sobre las cuales demuestra no tener ni tan siquiera un conocimiento elemental.

En el diario de Barcelona «El Diluvio» y en el número correspondiente al 28 de julio, el escritor Antonio Zozaya inserta un artículo titulado «Las horas críticas». En dicho trabajo constata la necesidad de una transformación social que remedie las apremiantes exigencias producto del malestar que se manifiesta por doquier. No obstante y convenir en que el sistema capitalista ha fracasado, aconseja a los «favorecidos por la fortuna» que ayuden a los gobiernos republicanos a mantener el orden y a realizar reformas. De este modo—dice—podrán evitar males mayores. En esto gira todo su artículo. Como puede comprenderse, con lo que expone no hace más que mostrar pallativos; pretende que se haga una curación a base de parches reformistas, los cuales, como ya es sabido, muchas veces ni tan siquiera consiguen aliviar el mal.

No nos hubiéramos ocupado del artículo en cuestión, ya que en suma no refleja otra cosa que esa corriente burguesa con ribetes de socialismo hoy en boga en los medios intelectuales. Se van descarnando los hechos sociales, muchas veces de un modo magistral, pero difusa que les atomizan las consecuencias que fatalmente tiene que producir una tal vivisección. Ante ello, dejan en vilo su opinión o hacen que se pierda por los trillados vericuetos del reformismo. Antonio Zozaya, en su trabajo periodístico alude al Anarquismo, y como sea que habla de él de forma arbitraria, hemos tomado la pluma para salir al paso de sus... tonterías.

Quizá pueda parecer un tanto aventurado suponer que Zozaya, que tuvo a su dirección las publicaciones de la «Biblioteca Económica y Filosófica», ignora qué es el Anarquismo, pero a juzgar por los párrafos que vamos a transcribir de su artículo, cabe deducir que es así. El autor de «El huerto de Epicteto», en su citado trabajo «Las horas críticas», creyendo que el Anarquismo no puede resolver el problema social, dice así textualmente: «Todo anarquismo revolucionario no puede acabar sino en el hambre y la desesperación, porque sin la protección de un Estado, ni individuos ni colectividades producen, ante el temor fundado de que el premio de su esfuerzo sea el despojo. Los discípulos de Kropotkin, que se figuran que una vez saqueados los comercios van a ser tan idiotas sus dueños que los llenen de nuevo de mercancías para facilitar el saqueo del día siguiente, son tontos de remate. El saqueo se llevaría a cabo una vez; la segunda tendrían los asaltantes que saquearse los unos a los otros, si es que la necesidad absoluta de seguir produ-

ciendo, y, por ende, de contar con leyes y fuerza que las hicieran respetar, no eriga en déspota a un Ivan el Terrible o a un Saladino, que hiciera retroceder la historia del proletariado a los tiempos calamitosos de la Edad Media.»

Por lo expuesto puede comprenderse cuán pobre es la concepción que del Anarquismo tiene Zozaya. Si no fuera que también de otros intelectuales hemos leído sandeces cuando han escrito acerca de las teorías ácratas, nos parecería éste inverosímil en un señor que tiene aureola, notoriedad y que se destaca entre los escritores hispanos. Bien es verdad que este mismo señor no ha mucho, en las pasadas elecciones, escribió en el mismo periódico que se ha citado, que quien se abstuviera de votar merecería ser ahorcado. Esto prueba que quien en determinada ocasión es capaz de soltar una necesidad puede también en otras ocasiones soltar muchas más.

¿De dónde diablos habrá sacado Zozaya que los «discípulos de Kropotkin» piensan en saquear los comercios y en volverlos a saquear al día siguiente? Este señor por lo visto considera a los anarquistas como aquellas turbas inconscientes y famélicas que presenta Dicente en «Los Bárbaros» o Hauppmann en su obra «Los tejedores de Silesia». Por lo que escribe puede colegirse que tiene al Anarquismo en el concepto simplista que se le considera por parte de algunos burgueses de raquílica mentalidad, o de ciertos intelectuales interesados en desprestigiarle, haciendo con ello un servicio rastrero a los enemigos del progreso que les pigan y mandan. Esto es estúpido, máxime cuando un tal criterio lo sostiene quien tiene nada menos que infulas de pensador.

Si el escritor a quien se viene aludiendo leyera estas líneas, mejor que pretendiendo explicar lo que el Anarquismo ha sido y es actualmente, le imitaríamos a que examinara la copiosa bibliografía que atesora. Le citaríamos, ante todo, las obras de Max Nettlau, uno de los valores más representativos con que cuenta el Anarquismo. Y puesto que cita a Kropotkin, sin que al parecer conozca sus ideas, le invitaríamos a que leyera de este autor: «El apoyo mutuo», «La Ciencia moderna y el Anarquismo», «Palabras de un rebelde», «La conquista del pan», y su obra póstuma «Ética». Entonces, si se enteraba de estos libros, y sobre todo si al escribir lo hace con buena fe; si es que Zozaya pertenece a ese reducido número de escritores que no venden su dignidad para alcanzar el condumio cotidiano, otra vez no escribiría párrafos de dichos como los que antes he citado. Comprendería Zozaya que el Anarquismo es un sistema social debidamente articulado; sabría, si conocía algo nuestra bibliografía, que los reparos que pone en el artículo varias veces aludido, carecen de consistencia, como muy bien sabe todo aquel que haya leído libros de Kropotkin, Reclus, Mella, Grave, Malato y Malatesta; y así como el que lee los trabajos que en la actualidad escriben los Nettlau, Fabbri, Ramus, Urales, Faure y Rooker, para no citar más que algunos

de entre los escritores anarquistas conocidos internacionalmente.

Desde luego, sobre anarquismo no se ha dicho aún la última palabra, pues como dijo ya Eliseo Reclus: es la Anarquía un conjunto de ideas que se modifican y perfeccionan constantemente; un nuevo sentido de la vida, algo que crece con la vida y saca provecho de su experiencia; una creación en la que se debe poner continuamente las manos. De ahí que entre los anarquistas no tenga razón de existir el sectarismo, pues al combatir el autoritarismo y la explotación del hombre por el hombre nos adaptamos también a lo que verdaderamente significa progreso humano tanto en el orden moral como en el material. Por dicho motivo los anarquistas aceptamos la crítica de donde quiera que ella proceda. Ahora que siendo un intelectual el que se permite hacer crítica, lo menos que puede pedírsele es que esté un poco documentado, pues de lo contrario se expone a no decir más que tonterías, como las que dice el señor Antonio Zozaya en el citado artículo de «El Diluvio».

Evelio G. FONTAURA

## La paz nos es necesaria

Tenemos necesidad de la Paz, no de una paz precaria e insegura, que supondría, propiamente hablando, tan sólo una tregua más o menos breve entre dos guerras, sino de una paz estable que tenga, en lo posible, el carácter de una paz definitiva.

Esta paz nos es necesaria: primero, porque cuando reina la atmósfera de odio, de violencia y de ansiedad que acompaña fatalmente la espera de un conflicto armado, deseno por unos y temido por todos, el estado de los espíritus es refractario a la propaganda libertaria; y en segundo lugar, porque los gobiernos, en período de guerra o de simple preparación de la misma ejercen contra los rebeldes en general y contra los anarquistas particularmente, estrecha vigilancia y una represión excepcionalmente severa; en fin, porque antes, durante y después, toda guerra desvía la atención de las masas por un lapso de tiempo más o menos largos de las preocupaciones de orden social y humano.

Por consiguiente para nuestra propaganda, para el mejor y más amplio desenvolvimiento de nuestras ideas, para hacer posible el ingreso de elementos nuevos, para la consolidación e importancia de nuestras agrupaciones, para nuestra actividad específicamente anarquista necesitamos la Paz.

Y la Paz necesita de nosotros. Pero la Paz necesita de nosotros en el mismo grado, cuando menos, que nosotros necesitamos de ella.

Ella tiene necesidad del esfuerzo de los anarquistas, porque de entre todos ellos son los únicos que denuncian el principio de autoridad (en su triple manifestación: económica, política y moral), como la causa esencial, fundamental y permanente de la guerra.

Porque los libertarios no admiten, entre las diversas guerras que pueden desencadenar las circunstancias, ninguna de

## Pestaña en Valencia

Anoche dió una conferencia en la Feria Muestrario el que ya podíamos titular ex-compañero Pestaña.

Empezó haciendo una semi-apología indirecta de la democracia e historiendo largamente los regímenes políticos con sus correspondientes evoluciones, sin que ni una sola vez se le ocurriera hablar de hechos revolucionarios, que es lo que impacientemente esperaba el auditorio.

Proclama primero que la C. N. T. quiere implantar el comunismo libertario y acto seguido, contradiciéndose, afirma que la Federación lucha «por la instauración de una nueva sociedad en la que la vida sea reglamentada a base de sindicatos, encargados estos de sistematizar la producción, el cambio y el consumo».

¿En qué quedamos?—preguntamos a Pestaña—. ¿Se lucha por el comunismo libertario o por esa falsa concepción que muchos han dado en mal llamar sindicalismo y que en resumidas cuentas no sería más que el imperio de una minoría de dirigentes sobre el proletariado?

Si por lo primero luchas ten cuidado cuando lo defiendas en dejar expuestos con toda claridad tus pensamientos a fin de que no hayan errores, y si por lo segundo, ten entonces la gallardía de declararlo francamente y no ampararte detrás de una organización que aunque mucho te hayas sacrificado por ella esto no te da derecho para embrollar las ideas de los confederados jugando con dos barajas. Me parece que hay bastante diferencia de una cosa a la otra para confundirlas.

Ahora pasemos a otra cuestión: Afirma el conferenciante que en todos los combates sociales el vencedor ha sido quien mayor grado de cultura posea. Cita como ejemplo el triunfo de la bur-

guesía sobre la nobleza, triunfo que achenca a la influencia que la Enciclopedia tuvo sobre el pueblo de Francia en la pre-revolución, y saca en consecuencia que el obrero no está capacitado para su emancipación y que ésta no será posible hasta que él no esté en condiciones culturales superiores a las de su explotador. Conclusión bastante equivocada como se ve, pues el pueblo francés estaba muchísimo más atrasado por todos conceptos a como lo está hoy el español. Aparte de que como él cita luego, el campesino francés, según la descripción de Michelet en la que lo compara a una bestia ennegrecida, cubierta de harapos, pegada a la tierra y con dos patas sobre las que se yergue de cuando en cuando, no es, a juzgar por su misma cita, la más apropiada para que aquella bestia estuviese poco ni mucho enterada de lo que era un libro. Sin contar tampoco en que si el obrero para lograr su liberación espera a sobrepasar culturalmente a su explotador, podemos afirmar completamente convencidos de que jamás lo conseguirá.

¿Cómo va a igualarse un obrero que a costa de grandes esfuerzos y voluntad logra unos conocimientos rudimentarios estudiando después del trabajo a un patrono que no tiene nada que hacer? ¿Cómo el hijo del proletariado puede aprender lo que el hijo del capitalista o del burgués, cuando éste estudia con sus necesidades satisfechas y teniendo de tiempo toda una vida descansada, mientras que el primero carece de lo más necesario y en plena infancia tiene que sepultarse en un taller o en una fábrica, o tiene que ayudar a su padre en las faenas del campo?

¿Acaso es esto posible? Para esto necesitábase que los descendientes de los privilegios naciesen idiotas y los del trabajador con cerebros desarrollados y esto no pasa de ser un pensamiento, ya que es mucho más fácil que suceda lo contrario, por las condiciones en que se desenvuelven los últimos.

Nosotros creemos que el pueblo en general comprende lo que le hace falta, siente la rebeldía y tiene capacidades revolucionarias y organizadoras suficientes para abatir el régimen capitalista e implantar la sociedad libertaria. Preocupémonos, por lo tanto, de hacer la Revolución y conquistar los alimentos para el cuerpo que luego ya organizaremos la enseñanza de forma que sea asquible a todos.

Cultura es poseer conocimientos variados de las diversas ramas que integran la ciencia e instrucción, estar instruido acerca de algo, o sea poseer conocimientos sobre ese algo. Luego podríamos resumir diciendo que cultura es un conjunto de instrucciones e instrucción una base de la cultura, y no como Pestaña que confunde la cultura con el sentido común.

No nos extraña el que si hablaba lo mismo que aquí, se haya quedado sin público en Sevilla. Por nuestra parte, opinamos que así como anoche por el lleno y extensión del local no pudieron oírle la mayoría, si diese otra conferencia tan cultural nos parece que se le escucharía con toda comodidad.

J. PELLICER

## NUESTRO PROGRAMA

Nada nuevo podemos decir.

La propaganda no es y no puede ser más que la repetición continua, incansable, de aquellos principios que deben servirnos de guía en la conducta que debemos seguir en la varias contingencias de la vida.

Repetiremos, pues, con palabras más o menos diferentes, pero con un fondo constante, nuestro viejo programa socialista-anarquista revolucionario.

Nosotros creemos que la mayor parte de los males que afligen a los hombres dependen de la mala organización social y que los hombres, queriendo y sabiendo, pueden destruirlos.

La sociedad actual es el resultado de las luchas seculares libradas por los hombres. No comprendiendo las ventajas que podrían sacar de la cooperación y de la solidaridad, viendo en los demás hombres (excepto los más vecinos por los vínculos de la sangre) un competidor y un enemigo, han procurado acaparar, cada uno para sí, la mayor cantidad posible de disfrutes sin preocuparse del interés de los demás.

Dada esta lucha, naturalmente debían salir vencedores los más fuertes y los más afortunados sometiendo y oprimiendo a los vencidos en modos diversos.

Mientras el hombre no fué capaz de producir sino lo que necesitaba para su sostén, los vencedores no podían hacer otra cosa que matar al vencido y apoderarse de los alimentos por éste cosechados.

Más tarde, cuando con el descubrimiento del pastoreo y de la agricultura un hombre pudo ya introducir más de lo que necesitaba para vivir, los vencedores encontraron más ventajoso reducir los vencidos a la esclavitud y hacerles producir para sus dueños.

Más tarde aún, los vencedores se dieron cuenta de que era más cómodo, más

productivo y más seguro explotar el trabajo ajeno con otro sistema: retener la propiedad exclusiva de la tierra y de todos los medios de trabajo y dejar nominalmente libres a los despojados, los cuales, no teniendo ya medios con que vivir, venían obligados a recurrir a los propietarios y a trabajar para éstos en las condiciones que éstos querían.

De este modo, poquito a poco, a través de toda una red complicadísima de luchas de todo género, invasiones, guerras, rebeliones, represiones, concesiones arrancadas, asociaciones de vencidos unidos para la defensa y de vencedores unidos para la ofensa, se ha llegado al estado actual de la sociedad, en la cual unos cuantos detienen hereditariamente la tierra y toda la riqueza social, mientras la gran masa de los hombres, desheredada de todo, se ve explotada y oprimida por unos pocos propietarios.

De este estado de cosas depende el estado de miseria en que generalmente se encuentran los trabajadores y además todos los males que de la miseria derivan: ignorancia, delitos, prostitución, miseria física, abyección moral y muertes prematuras. De esto depende la constitución de una clase especial (el gobierno), la cual, provista de medios materiales de represión, tiene la misión de legalizar y defender a los propietarios contra las reivindicaciones de los proletarios, sirviéndose, además, de esta fuerza, para crearse a sí misma ciertos privilegios y para someterse, cuando puede, hasta la misma clase propietaria. De esto depende la constitución de otra clase especial (el clero), la cual, con una serie de fábulas sobre la voluntad de Dios, sobre la

vida futura, etc., procura persuadir a los oprimidos a que soporten dócilmente al opresor, y como el gobierno, al propio tiempo que trabaja por el interés de los propietarios, trabaja también por sus propios intereses. De esto depende la formación de una ciencia oficial que es, en todo aquello que puede servir los intereses de los dominadores, la negación de la verdadera ciencia. De esto depende el espíritu patriótico, los odios de raza, las guerras y la paz armada, más desastrosa que las mismas guerras. De esto depende el amor transformado en tormento o en mercado vil. De esto depende el odio más o menos intenso, la rivalidad, la desconfianza entre los hombres, la incertidumbre y el miedo para los todos.

Y este estado de cosas es lo que nosotros queremos cambiar radicalmente. Y puesto que todos esos males derivan de la lucha entre los hombres, de esta busca del bienestar individual efectuada por cuenta propia y contra todos, queremos remediarlo substituyendo el amor al odio, la solidaridad a la competencia, la cooperación fraternal para el bienestar de todos a la busca exclusiva del propio bienestar, la libertad a la opresión y a la imposición, y la verdad a la mentira religiosa y pseudo-científica.

Por consiguiente:

1.º Abolición de la propiedad privada de la tierra, de las primeras materias y de los instrumentos de trabajo, a fin de que nadie pueda tener modo de vivir explotando el trabajo ajeno, y teniendo todos los hombres garantizados los medios de producir y vivir, puedan ser verdaderamente independientes y puedan asociarse a los demás libremente en vista del

interés común y conforme a las propias simpatías.

2.º Abolición del gobierno y de todo poder que haga ley y la imponga a los demás, o sea: abolición de las monarquías, de las repúblicas, de los parlamentos, de los ejércitos, de las policías, de las magistraturas y de todas las demás instituciones dotadas de medios coercitivos.

3.º Organización de la vida social mediante la obra de libres asociaciones y federaciones de productores y de consumidores, hechas y modificadas a tenor de la voluntad de los componentes, guiados por la ciencia y la experiencia y libres de toda imposición que no derive de las necesidades naturales, a las cuales, vencido el hombre por el sentimiento de la misma necesidad inevitable, voluntariamente se somete.

4.º Garantizados los medios de vida, de desarrollo y de bienestar a los niños y a todos los que no estén en estado de proveer a sus necesidades.

5.º Guerra a las religiones y a todas las mentiras, aunque se oculten bajo el manto de la ciencia. Instrucción científica para todos hasta en su más elevado grado.

6.º Guerra al patriotismo. Abolición de las fronteras; fraternización de todos los pueblos.

7.º Reconstitución de la familia, de modo que resulte de la práctica del amor, libre de todo vínculo legal, de toda opresión económica o física, de todo prejuicio religioso.

Este es nuestro ideal.

Hemos expuesto a grandes rasgos cuál

es la finalidad que perseguimos, el ideal por el cual luchamos.

Pero no basta con desear una cosa. Si verdaderamente se quiere obtenerla, es necesario emplear los medios adecuados a su consecución. Y estos medios no son arbitrarios; derivan, necesariamente, del fin a que se tiende y de las circunstancias en que se lucha; de modo que si nos engañamos en la elección de los medios no llegaremos a los fines que nos proponemos, sino a otro fin, tal vez muy opuesto, que será consecuencia natural, necesaria, de los medios que hayamos empleado. El que se pone en camino y lo equivoca, no va adonde quiere, sino allí donde conduce el camino que recorrió.

Es necesario, pues, que digamos cuáles son los medios que, según nosotros, conducen al fin que nos proponemos y que nosotros queremos emplear.

Nuestro ideal no es de aquellos cuyo conseguimento depende del individuo considerado aisladamente. Se trata de cambiar el modo de vivir en sociedad, de establecer entre los hombres relaciones de amor y solidaridad, de conseguir la plenitud del desarrollo material, moral e intelectual, no para un solo individuo, no para los miembros de una dada clase o partido, sino para todos los seres humanos, sino que debe surgir de la conciencia iluminada de cada uno y actuarse mediante el libre consentimiento de todos.

Nuestro primer deber, pues, consiste en persuadir a la gente.

Es necesario que nosotros llamemos la atención de los hombres sobre los males que sufren y sobre la posibilidad de destruirlos. Es necesario que suscitemos en cada uno la simpatía para con los ajenos males y el vivo deseo del bien de todos.

Enrico MALATESTA

# Posesión de la Libertad